

TRELLES, LA MEDICINA Y LA CULTURA PERUANA

Javier Mariátegui

Las ciencias en general, y la medicina en particular, son legítimas constituyentes de toda cultura, en la auténtica acepción del término. Desde la antigüedad helénica, la medicina –en su forma de *paideia*– se identifica como valor esencial de la cultura o, para decirlo en términos de Werner Jaeger, en uno de los grandes «ideales de la cultura griega».

En nuestro país, desde el comienzo del proceso de identidad nacional, que se marca a fines del siglo XVIII por el *Mercurio Peruano*, los fundadores de nuestra accidentada historia republicana fueron conscientes de la presencia de la Medicina en la forja de la personalidad social. En la segunda mitad del siglo XIX, protagonista y cronista de este proceso fue José Casimiro Ulloa; y en las primeras décadas del siglo XX, Hermilio Valdizán, para solo mencionar dos grandes nombres, incorporados definitivamente a la historia.

Jorge Basadre ha escrito con acierto que: «Los hombres de ciencia en general, y especialmente los médicos, se quejan de que cuando se trata de la cultura en el Perú, otórgase preferencia a la de carácter literario, artístico, histórico, filosófico, arqueológico y folklórico». Señala, en su *Historia de la República del Perú* (t. XVI, sexta edición, Editorial Universitaria, Lima, 1970, pp. 89-90), la responsabilidad de los propios médicos en estas omisiones, por ausencia de una historiografía actualizada, en particular del siglo XX.

Cuando ello se haga, el nombre de Julio Óscar Trelles Montes tendrá el lugar que merece y que hoy, con la incorporación de su fotomural en la galería de figuras representativas de la Cultura Peruana, la Biblioteca Nacional se adelanta en reconocer, enmendando una elipsis, como ya los hizo, hace pocos

Fénix 42: 42-44, Lima, 2000.

meses, con la egregia figura de Honorio Delgado, durante el homenaje rendido a la *Revista de Neuro-Psiquiatría* con ocasión de su sexagésimo aniversario.

La vida y la obra del profesor Trelles es de veras paradigmática en todos los campos en los que orientó su acción voluntaria, inclusive en los siempre cuestionables de la política. Dedicado a la neurología, desde los comienzos de su carrera médica, en París, al lado de grandes maestros, sintió el imperativo del retorno a la patria, tras dilatada permanencia, cuando en la Ciudad Luz tenía un futuro venturoso en la investigación neurobiológica. Había una obra fundacional venturoso en la investigación neurobiológica. Había una obra fundacional que lo esperaba en el Perú, nada menos que la fundación de la Escuela Peruana de Neurología, a la que dio su gran prestigio bien ganado en Europa y reconocido después en toda América.

Trelles expresó, a lo largo de su vida, dilatada y fecunda, reconocimiento a sus maestros franceses, en especial a Jean Lhermitte, a quien dedicara un libro (*Jean Lhermitte. Homenaje y páginas escogidas*, Lima, Lumen, 1961), en el segundo aniversario de su sensible desaparición. Fue grato colaborar con el Maestro en la edición de ese libro, así como trabajar cerca a él y al profesor Honorio Delgado en la preparación de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, desde 1956 hasta su pérdida física, en 1990. Una muestra palmaria de su generosidad fue invitarme a codirigir la *Revista*, en 1969, tras la partida del profesor Honorio Delgado, sabiendo que la ausencia de don Honorio era objetivamente irremplazable.

En los últimos tiempos estábamos comprometidos en la preparación de un libro, que recogería la contribución de Trelles a la Psiquiatría, principalmente en la primera década de su tarea de investigador en la clínica y la patología del sistema nervioso. Había aprobado el sumario y solo faltaba una larga entrevista que, a la manera de un diálogo transgeneracional, recordara su paso por la medicina en Europa y en el Perú. Para esta tarea nos reuníamos una mañana, no todas las semanas, pero el progreso fue casi nulo por dos competencias difíciles de superar. De un lado, el libro sobre *Introducción a las Neurociencias*, que preparaba con Lucho, y los infaltables temas de la política de actualidad. El tiempo terminaba y cada cual tenía lo suyo en la

hora de la tarde. En el análisis político teníamos interés compartido en la realidad nacional, aunque nuestros planteamientos ideológicos eran radicalmente distintos. Trelles respetaba estas diferencias, una señal más de la grandeza de su espíritu. Le encantaba conversar, cambiar ideas, ver el lado lúdico de las cosas. De súbito, vino la noticia de su enfermedad, y después, la insólita de su muerte.

Óscar Trelles, con mucha razón, creía en la cercanía de la Neurología y la Psiquiatría, siguiendo la línea de su maestro Lhermitte, quien había señalado: «En la mayoría de los países la Neurología constituye una disciplina absolutamente distinta de la Psiquiatría y se discute todavía la razón de los que sostienen que esta división rigurosa es ventajosa para el progreso de la medicina. Por mi parte, siempre he propendido a juntar Neurología y Psiquiatría y hacer figurar en mis observaciones tanto el lado somático (fisiológico) como el lado psicológico». Por eso se opuso el cambio de nombre de la Sociedad de Neuro-Psiquiatría, para darle cabida a la neurocirugía. Y por la misma razón señaló, en carta que conservo, que por fortuna la *Revista de Neuro-Psiquiatría* no cambiaría de nombre. En la década del sesenta, un planteamiento así era visionario, por no decir revolucionario y solo un maestro con su experiencia y sentido de la historia, podía avizorar la orientación de péndulo de la neuropsiquiatría al polo biomédico, como es admitido en estos tiempos nuevos, que favorecen un retorno a la biodinámica, como hoy se acepta sin discusión.

La dirección eficaz de la Biblioteca Nacional, a cargo de Martha Fernández de López, y de quienes con ella colaboran, muestra la acción renovadora y reparadora de esta Institución, que no es solo el repositorio de la Cultura Peruana sino su real presencia dinámica, en permanente construcción de la peruanidad, concepto y sentimiento que caracteriza a la gente de la sociedad plural que conformamos este país, que es, pese a todo y para repetir otra vez a Basadre, insigne reconstructor de esta Casa, «una totalidad en el espacio y un continuidad en el tiempo».